

LA NOVELA FILM

N.º 55

30 cts.



UN ROBO ORIGINAL



LA NOVELA FILM

Redacción | Lauria, n.º 96
Administración | BARCELONA

Año II

N.º 55

Un robo original

Comedia dramática de CHAS. K. HARRIS y ADELE HENDRICKS

INTERPRETACIÓN DE
IRENE CASTLE

Y
ROD LA ROCQUE

HODKINSON PRODUCTIONS

Exclusiva de L. GAUMONT



Paseo de Gracia, 56

BARCELONA

Prohibida la
reproducción



Un robo original

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Empieza la acción de nuestro relato en Palm Beach, el paraíso de los millonarios yanquis.

La casa de los Warren era el punto de reunión de la aristocracia neoyorquina, que veía desfilar los meses de invierno en aquel clima de eterna primavera.

Mary Warren, frívola y elegante, ignoraba casi en absoluto que la vida está sembrada de inquietudes y dolores.

La señora Warren, más inconsciente aún que su hija, gastaba sin tasa bajo la dirección de un representante de la aristocracia europea: el marqués Guido de Morlani, el "firt" de Mary.

Hallándose todos reunidos en el "Golf Club" llegó Pedro Langdom, un nuevo rico, grosero

y vulgar, a quien tenían más que al cólera los distinguidos invernantes de Palm Beach.

Al verle, la gente hizo los más variados comentarios acerca de él:



Mary Warren, frivola y elegante...

—Ese Langdom es un pájaro de cuenta. El año pasado aun no era nadie, pero jugando a la Bolsa y prestando al trescientos por ciento, ha conseguido dominar a la Fortuna.

—Odio a esta clase de gente. Me producen

la impresión de que están pasándonos a todos sus dólares por las narices.

—Bah! ¡Un prestamista con aspiraciones sociales!

Ajeno a la murmuración de que él era objeto, Langdom se acercó a un grupo de tres jugadores de golf, y con suma naturalidad les dijo, haciendo ademán de jugar:

—Muchachos, voy a hacer el cuarto para un partido.

El más viejo de aquel trío, haciéndose eco de la opinión de los demás, se encargó de desembarazarse del intruso, así:

—Lo sentimos mucho, Langdom, pero precisamente estamos jugando un partido de tres. ¿Comprende?

El nuevo rico miró despreciativamente al trío que no quería tratos con él, y alejándose les dio a entender, con un piropo de su clase, que no se le ocultaba la verdad:

—Comprendo demasiado bien. ¡Son todos ustedes unos imbéciles!

Los ofendidos optaron, por "delicadeza", no pedir explicaciones.

El negrito que seguía a todas partes a Langdom se permitió bromear con su "amo" a propósito de no querer nadie jugar con él, y su "libertad" le valió un cachete.

No tenía motivo Langdom para estar de humor, en verdad; mas instantáneamente di-

sipáronse sus tenebrosos pensamientos al encontrarse frente a Mary, en coloquio con el marqués a la moda.

Acercóse a saludarla, con disgusto de ella y del noble... que Langdom no quiso tener en cuenta.

—Su papá me telefonó que llegará esta tarde a Palm Beach, señorita —le dijo a Mary—. Creo que tiene necesidad de hablar conmigo.

—Sí, sé que está a punto de llegar—respondió Mary—, pero como papá necesita descansar, haré todo lo posible por apartarle de sus negocios.

Langdom esperaba que Mary le ofreciera sentarse con ellos a tomar un refresco, mas la hostilidad con que se siguió tratándole le indicó la conveniencia de despedirse.

Cerca del hotel, mientras Guillermo Warren, el padre de Mary, quien para sostener el honor de su familia se había metido en asuntos peligrosos, viajaba en el expreso y estaba por llegar, un criado anunció a Langdom que un dependiente suyo de Nueva York lo esperaba en el salón de lectura, para hablarle urgentemente.

Langdom acudió al requerimiento de su empleado, y ambos dialogaron de la siguiente manera.

—¿Qué sucede, Moller? Debe ser algo im-

portante cuando se ha decidido usted a tomar el tren.

—Se trata de este pagaré de Warren con la garantía de Stedman:

A seis meses fecha pagaré a la orden de don Pedro Langdom la suma de ciento cincuenta mil dólares, vencimiento 1.º de abril de 1924.

F. Stedman

Guillermo Warren



—...pero como papá necesita descansar, haré todo lo posible por apartarle de sus negocios.

—Bien, ¿Qué pasa?

—Compare la firma de Stedman de este pagaré con esta otra.

—No son iguales. ¿Y usted quiere decir que...?

—¡La firma del pagaré está falsificada!

—Entonces, Warren me engañó con la apócrifa garantía de Stechman. No está mal. Deme ese pagaré. Ya sé lo que debo hacer, y le agradezco su celo, ¡ah!...

El padre de Mary llegó por la tarde.

Su esposa y su hija, muy lejos de suponer la crítica situación por que atravesaba el cabeza de la familia, gastaban sin miramiento, y su último despilfarro consistía en la adquisición de un yate de recreo, para éxoter a la colonia invernal. ¡Vanidad, para vanidad!

Tan pronto tuvo Langdom conocimiento de la llegada de su deudor, mandó llamarle a su presencia.

Warren no se hizo de rogar, y, apenas ante Langdom, le manifestó su deseo de atrasarle el pago de su préstamo:

Langdom, deseo hacer un aplazamiento del pagaré por dos o tres meses más.

—No me niego, en principio—contestó Langdom—. Lo pensaré y esta noche le llevaré a su casa mi contestación.

—No creo que sea mi casa el lugar más adecuado. Precisamente mi esposa recibe esta noche...

—Mejor. Así tendré el gusto de saludar a su distinguida familia.

—No, Langdom, esto se arregla aquí y ahora mismo. Los negocios son los negocios.

—En efecto, los negocios son los negocios, pero este le interesa a usted más que a mí. Conque ya lo sabe: o se arregla esta noche, o no se arregla nunca.

Y Warren hubo de acceder a la pretensión de Langdom de ser presentado en sociedad.

La velada aristocrática en casa de los Warren.

Todas las distinguidas familias invernantes hallábanse allí reunidas.

Entretanto, Pedro Langdom se disponía a dar sus primeros pasos en la vida social.

Moller, su astuto dependiente, oficiaba de ayuda de cámara.

Habiendo observado Mary la tristeza de su padre, fué a verle, a solas, y trató de saber el motivo de su preocupación.

—¿Qué tienes, papáito? ¿Por qué no le dices a tu hija lo que te sucede?

—No es nada, hija mía. Langdom ha de venir a hablarme de un asunto importante...

—¡Oh, papá, no dejes entrar en nuestra casa, precisamente esta noche, a ese hombre! ¿Se marcharían todos los invitados!

Y el padre de Mary trató en vano de hacer desistir a Langdom de su idea de penetrar en sus salones en fiesta.

Como lo tenía Mary, los invitados no vieron con buenos ojos la presencia del nuevo rico en la casa, y el desfile, rápido y discreto, no tardó en producirse.

Mary, para evitar a sus padres el dolor de ver desiertos sus salones a causa de la permanencia en ellos de Langdom, se hizo acompañar por éste al jardín de su casa, so pretexto de que en la casa hacía mucho calor.

No por eso dejaron de marcharse los invitados, y, entretanto, Langdom y Mary hablaban, él gustoso, y ella forzosamente, en el apacible parque.

—No sabe usted con qué ansia esperaba yo un momento como este, señorita Warren... Al fin puedo hablarle a usted a solas...

—Sí. Ya he oído que es usted de los hombres que realizan todo lo que se proponen.

—Parece que he ganado esa reputación a fuerza de voluntad.

—Por lo que sea la ha ganado usted.

—Pero ahora hay algo que deseo más que todo y que no sé si me será tan fácil obtener...

—Muy importante debe ser ese "algo"...

—¡Es usted!

—¿Yo?...

—Mary, la quiero a usted... siempre he pensado que es usted la única mujer que puede hacerme feliz...

—¿Qué divertido es usted, señor Langdom!

¡Quién iba a sospechar en usted un temperamento tan... volcánico!... Nada, ¡Muy divertido!...

Y Mary echó a correr en dirección a la casa, riéndose de Langdom, quien, violentísimo y enamorado de ella, se propuso llevar las cosas a otro terreno.

Enterado Warren de lo hablado entre Mary y Langdom, encaróse con éste y le objetó:

—Mi hija acaba de decirme que le proponía usted el matrimonio...

—Es verdad. Pero ella lo tomó como una broma.

—¿Una broma!... ¡Esa proposición es un insulto por parte de usted!

—Parece que olvida usted, señor Warren, que tiene una deuda contraída conmigo.

—Eso no le da derecho a hacerle el amor a mi hija! ¡Hágame el favor de salir de mi casa!

—Quizás varíe su forma de tratarme cuando le diga una cosa... Me he enterado de que Félix Stedman no firmó nunca su pagaré.

—¿Eh? ¿Cómo dice usted?

—De sobra lo sabe usted.

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Es usted un falsificador!

—Por favor, baje usted el tono de su voz!

—Procure que su hija acepte mi proposición matrimonial, o le denunciaré.

— Pero usted no puede hacer eso, Langdom! Esa denuncia representaría el presidio para mí!

— En el tren de medianoche saldré para Nueva York, y desde allí recibirá usted noticias de mi abogado.

— Por Dios, Langdom, sea usted piadoso conmigo!



— *Estoy moralmente arruinado, hija mía, y antes que ese hombre me denuncie...*

— No tenemos más que hablar. Ya sabe usted que quiero a su hija y que soy tan digno como el primero de hacerla mi esposa. Adiós.

Warren, desesperado, intentó quitarse la vida, arrojándose en las aguas del lago que bañaba

su casa, pero Mary, que lo había oído todo, oculta detrás de un cortinaje, arrancó a su pobre padre de la muerte.

— Lo sé todo, papá, y considero que no hay que desesperarse—le dijo ella, al ganar la orilla.

— ¡Déjame morir!—suplicó el desalentado.—
— ¡Me falta valor para hacer frente a mi deshonra!

— ¡Parece mentira, papá! ¡Querías matarte... querías dejarme sola!

— Estoy moralmente arruinado, hija mía, y antes que ese hombre me denuncie...

— Calla, papá... Prométeme que no harás ninguna tontería, y yo voy a ver si arreglo ese asunto.

— Tú, hija mía? ¿Qué vas a hacer?

— Déjame a mí, papá.

Lo que Mary hizo fue correr detrás de Langdom, cuyo "auto" ella alcanzó acortando el camino en canoa automóvil por el lago.

— He venido para decirle que he cambiado de opinión respecto de usted—dijo Mary a Langdom, que se llenó de satisfacción.

— Veo que es usted razonable, señorita. Estoy encantado. Voy a llevarla al hotel y allí hablaremos con más calma—replicó el nuevo rico.

—No. Tenga la bondad de esperar. Mañana nos iremos todos a Nueva York y allí ultimaremos los detalles.

—¿No me engaña usted, Mary?

—Le he dado mi palabra, señor Langdom!

—Entonces, hasta mañana. Permítame que bese con el mayor respeto y con toda mi admiración esa linda mano que usted acaba de concederme.

Langdom besó dicha mano, tolerándolo con amargura Mary, y tras esto ambos se separaron... hasta el día siguiente.

Algún tiempo después, en Nueva York, la casa de los Warren, albergue en otro tiempo de la alegría, era entonces refugio de la tristeza.

Porque estaba próxima a celebrarse la boda de Mary y Langdom, quien, apasionado de su futura mujer, le prometía enseñarle a quererle.

La madre de Mary imploraba a su marido, en vísperas del sacrificio de su hija, que evitase ese matrimonio sin amor en ambas partes, pero el apurado jefe de la familia no pudo hacer nada más que pedirle perdón a Mary por la carga que por "su culpa" iba a imponerse.

Y Mary, fijo su pensamiento en la tranquilidad de su padre, a quien ella y su madre habían conducido inconscientemente a la ruina, contestó:

—No sufras por mí, papá. ¿Quién sabe si en este matrimonio me espera la felicidad?

Y, ya en "capilla", la novia despidióse definitivamente de su "flirt", el marqués europeo, para consagrarse sólo a su papel de esposa de Langdom.

Mas he aquí que el destino emitió su opi-



Langdom besó dicha mano, tolerándolo con amargura Mary...

nión en todo aquel asunto, y la boda no pudo celebrarse por el hecho de haberle ocurrido al novio una terrible desgracia automovilista, de la que la prensa se hacía eco como sigue:

DESGRACIADO ACCIDENTE

Ayer tarde, al dirigirse a la Bolsa en su automóvil, a toda velocidad, el conocido hombre de negocios Pedro Langdom fué víctima de un accidente que le costó la vida, pues al ser arrojado del coche al detenerse éste para evitar un peligro en una rápida vuelta, fué arrollado por un camión que pasaba en dirección



Y, ya en "capilla", la novia despidióse definitivamente de su "fiat"...

contraría al "auto".

El "chauffeur" está grave.

La fortuna de Pedro Langdom pasó a manos de los albaceas testamentarios, entre los

que se contaba el astuto Moller, el antiguo empleado del difunto.

Moller y el notario se ocupaban, en el despacho de éste, del familiar a quien correspondía la herencia de Langdom.

Según parece, el joven Ricardo Langdom no se llevaba muy bien con su tío, ¿verdad?—preguntaba el notario a Moller, que le había visto una vez, y que contestó:

—El muchacho es algo raro y tiene ideas humanitarias... ideas que no producen dinero. Por eso, tío y sobrino no marchaban nunca de acuerdo.

Sobre esto presentóse ante ellos el ahudido, o sea, Ricardo Langdom, sobrino único del hombre de negocios. Para él la vida era un jardín amable que no se debe profanar con la fiebre de la ambición ni del interés.

—Lamento de veras las circunstancias en que nos volvemos a encontrar. Su telegrama anunciándome la muerte de mi tío lo recibí en Seattle—dijo Ricardo a Moller, quien le presentó luego al notario.

Estrecháronse las manos los tres hombres, y a continuación se habló de la herencia de Langdom.

—¿De modo que yo soy el único heredero, según su telegrama de usted, señor Moller?—preguntó a éste Ricardo.

—En efecto; así es, por ser usted el pariente

más próximo de su malogrado tío—contestó Moller.

—Y todos los papeles están ya listos para que pueda usted entrar en seguida en posesión



...Ricardo Langdon, sobrino único del hombre de negocios.

ción de dicha herencia—dijo el notario.

—Muchas gracias—pronunció Ricardo.

Luego, Moller prosiguió:

—Si no lo considera usted una indiscreción,

me interesaría saber qué piensa usted hacer con esa fortuna.

—Todavía no he pensado nada en concreto.

—El legado es muy cuantioso.

—¡Ya lo creo! Pero su procedencia no es muy agradable. Mi tío aprovechó la desgracia de los demás para enriquecerse... arrojó a la ruina y a la miseria a muchos hombres.

—Pero nunca se salió del terreno legal, gracias a mí. Aquí está una lista de sus negocios—tuvo la osadía de afirmar Moller.

Ricardo ojó esa lista; y, después de ello, exclamó:

—¿Llama usted legal a esto?... ¡Esto son estafas disimuladas!

—No atienda usted, don Ricardo; todo eso es muy normal...

—No insista usted, Moller. Esta gente ha pagado más de lo que debía pagar. No quiero mancharme con estos negocios de usura.

—¿Qué hace usted, don Ricardo?

Ya lo ven ustedes: sacrificar unos miles de dólares en aras de la honradez que no supo tener mi tío. Es algo así como el rescate de su alma...

—Pero...

He heredado un nombre odiado y trataré por todos los medios de limpiar ese nombre.

—Aún hay más, don Ricardo. Fíjese. Aquí hay un pagaré de Guillermo Warren, garan-

tizado por F. Stedman. Podríamos citar aquí al deudor, para ver de arreglar este asunto. ¿Qué le parece a usted?

—Teléfonéle que le esperamos. Prefiero dejar solventadas todas las cuentas pendientes de mi desdichado tío.

Moller llamó al aparato a Warren, encontrándose éste en su despacho con Mary.

—Oiga L., ¿Es usted el señor Warren?... Aquí, el empleado del señor Langdom. Se trata de su pagaré, señor Warren... Don Ricardo, sobrino y heredero del pobre señor Langdom, desea verle.

Warren, muy nervioso, respondió:

—Dígale al señor Langdom que iré en seguida a verle y le explicaré el asunto.

Pero, cortada ya la comunicación, Warren, dando muestras de honda preocupación, dijo a Mary:

—Si el heredero de Langdom no quiere escucharme y me obliga a pagar, estoy perdido sin remedio.

—No te desespere, papá. Ahora nadie sabe que se trata de una falsificación. Buen cuidado debió tener Langdom de guardar el secreto. Hay que recuperar, pues, cuanto antes ese documento... y yo voy a intentarlo.

—¿Qué te propones, muchacha?

—Promete pagar algo a cuenta y que te devuelva el pagaré. Yo voy a ver si encuentro el dinero en alguna parte.

Y Mary se decidió a hacer el sacrificio de sus joyas.

Con su arcón debajo del brazo dirigióse a casa de su joyero, y le pidió una oferta por ellas.

Roque, "El Aguila", maestro en el arte de *Empio* los bolsillos ajenos, vió a Mary entrar en la tienda de joyería y ofrecer al examen del joyero las joyas contenidas en el arcón.

—Aquí hay negocio—se dijo.

Y aguardó a Mary paseando la calle, para seguirla hasta su casa.

No vendió Mary sus joyas, por las que le pagaría su joyero treinta y cinco mil dólares, pues como la oferta era baja y no sabía el resultado de la entrevista de su padre con el heredero de Langdom, prefirió aguardar al día siguiente para tomar una determinación.

Y nada consiguió Warren a su favor en el asunto de su pagaré, que buen pájaro estaba hecho Moller para impedir cualquiera combinación que atrasara el cobro de ese crédito. Hombre de alma ruin, que se complacía en ver sufrir a los demás, Moller consideraba víctimas suyas a los deudores de Langdom, como si el negocio le perteneciera.

De modo que Warren tenía que abonar el pagaré tres días después.

El fracaso de la gestión de su padre y la irrisoria cantidad de que sabía podía disponer—

irrisoria comparada al débito, hicieron mella en el ánimo de Mary, que no vela ninguna salida en aquel laberinto en que se perdería el honor...

En tanto, Ricardo Langdon, libre ya de la presencia de Moller y del notario, recibía la visita de Jaime Purvell, un antiguo compañero de colegio suyo.

—¿Cuánto tiempo sin verte, chico! ¡Ya me he enterado, ya! Por eso estoy aquí. No podrás quejarte de la rapidez de mi visita.

—Me place mucho verte, Jaime. Ahora tendremos ocasión de vernos a menudo.

—Ha hecho bien tu tío en largarse al otro mundo y dejarte todo esto. Seguramente es lo único bueno que hizo en su vida.

—No creas que esta herencia me encanta. Si no fuera producto de abusos inculcables...

—No tengas miedo, que nadie te confundirá con tu tío. Todos sabemos que tú eres otra cosa muy distinta. Brillarás en los salones... por tu juventud y tus millones.

—Te aseguro que esta vida no me seduce, Jaime. No hay diversiones...

—Cásate. ¿Quieres más diversión que esa?

—¿Casarme! ¿Casarme con una de esas niñas góticas que ballan el "*shimmy*" y se pasan la vida flirteando!... ¡Jamás!

—De todos modos, quiero enseñarte el gran mundo.

—Ese mundo, como el otro, de miserias, pero mejor cubiertas con trajes costosos, ¿no?

—Indiscutiblemente el mejor mundo, puesto que lo íeo se esconde bajo la distinción... Precisamente, mamá día mañana una recepción en su casa. Te presentaré y serás el hombre de la noche.

Como quieras, Jaime.

Con la complicidad de la noche, Roque, "El Aguila", al acecho durante el día frente a la casa de los Warren, descubrió el dormitorio de Mary, y penetró en él por la ventana.

Mary le vió apoderarse del arcón de las joyas, y, venciendo su miedo para recuperar los treinta y cinco mil dólares que éstas representaban, abrió la luz cuando el ladrón iba a desaparecer.

—¡Manos arriba!—gritó "El Aguila", apuntando a Mary un revólver.

—No se lleve esas joyas. Valen muy poco—contestó Mary, aparentemente tranquila.

—¿Es eso lo que le dijo el joyero esta mañana?

—¡Ah! ¿Usted me siguió? Yo que creía... Pues sí. Me dijo que eran falsas.

—¡A mí, no, señorita! Es usted muy lista... pero yo lo soy más.

—Le digo la verdad.

—Si son falsas, ¿cómo no lo sabía usted?

—Muy sencillo: porque esas joyas no son mías... Yo soy la secretaria de esta casa.

—¡Vaya, ahur! Admiro la sangre fría de usted, señorita. Le repito que a mí, no.

—¡No me ha entendido usted lo que he querido decir! Esta gente rica tiene imitaciones de sus joyas, para no exponer las verdaderas a cualquier accidente.

—¿Cómo, cómo?

—Yo fui esta mañana a casa del joyero para que me dijese si estas joyas eran las buenas o las malas.

—No, no; no me fio de las mujeres, chica. Soy muy embusteras.

—Pero, ¿es de verdad que me vas a estropear mi "negocio"?

—¡Qué quieres decir... que tú eres de los nuestros?

—¡Naturalmente, hombre! Yo estaba "limpiando" aquí, y ahora tú vienes a aprovecharte de mi trabajo.

—Esto sí que es curioso.

—¡Verdad que sí?

—Y, ¿sabes lo que estoy pensando, muchacha?... Que no me desagradaría *trabajar* contigo.

—Por mí, no hay inconveniente. Puedo cederte un golpe que tengo planeado, siempre que sepas abrir una caja de caudales.

—¡No he de poder! ¿Si eso es trabajo de chiquillos!

—¿Dónde te puedo encontrar entonces para hacer ese "trabajito"?

—Estoy siempre en casa de Sweeney, en el barrio de Washington. Pregunta por "El Aguila". Todos me conocen.

—Iré. Pero no te lleves este arcón. Las joyas son falsas y su desaparición echaría por tierra los demás planes míos.

—Toma... ¡pero acuérdate que acabamos de asociarnos! Si me has engañado, yo sabré buscarte y hacerte pagar el engaño con la piel!

—¡Palabra es palabra, "Aguila"!



La noche siguiente.

—Me acaban de decir que el joven Langdom estará esta noche en la reunión de la señora Purvell—dijo Warren a Mary, quien, buscando un pretexto para no acompañar a sus padres a esa velada, se acogió al de la presencia en ella de Ricardo Langdom.

—Preferiría no encontrarme con él. Pero tú y mamá debéis ir, papá. Será conveniente que tú le veas otra vez.

Y Mary se quedó en casa, desde la que, en secreto, telefonó al café de Sweeney, poniéndose "El Aguila" al aparato.

—Acabo de saber que el dueño de la casa donde vamos a dar el "golpe", no estará esta noche. ¿Puedes "trabajar"? Las señas son las siguientes...

—Bien. Te espero frente a la casa dentro de media hora.

Apresuradamente, cambió Mary sus ropas femeninas por ropas de hombre, asombrando a sus criados.

—No digáis nada a mis papás. He sido invitada a un baile de disfraces, y no quiero



Apresuradamente, cambió Mary sus ropas femeninas.

que nadie sepa quien soy.

Media hora después, en las cercanías de la casa de Ricardo Langdom, "El Aguila" y Mary se reunían para penetrar en aquélla y trabajar de lo lindo.

A poco se encontraron en el interior de la casa, y el "olfato" del "Aguila" le hizo descubrir la caja de candales.

—¡Aquí está! Es muy maciza. ¿verdad? ¿Crees que la podrás abrir? Si consigues abrirla, partiremos a medias lo que encontremos.

—¡Caramba! Calla ya, que no sé lo que me hago.

—¡Date prisa, eh!

—Oye, pequeña, ¿sabes que me estás pareciendo muy poco práctica en esta vida?

—Es que... es que soy muy nerviosa, ¿sabes?... A pesar de estar muy acostumbrada, en estos momentos siempre me saltan los nervios.

De pronto apareció en la estancia el propio Ricardo.

Regresaba de casa de su amigo Jaime, de donde la madre de Mary le obligó a partir, por delicadeza, ante una ofensa que ella dirigió, al serle él presentado, al apellido de los Langdom.

"El Aguila" huyó, ocultándose en el jardín de la casa, en espera de lo que le ocurriera a Mary.

Esta no pudo fugarse, por impedírselo Ricardo.

Inmediatamente, el joven pidió comunicación con la policía, pero en aquel momento Mary quitóse la gorra que recogía su pelo; soltóse éste y Ricardo pasmóse, y, dejando de tele-

fonear, entabló con ella el siguiente diálogo:

—¿Qué es esto? ¿Usted... una mujer...?

—Sí... a la vista está... Supongo que me irá usted a entregar a la policía...

—Todavía no. Primero quiero saber algo sobre usted.

—¿Qué le importa quién soy? ¿Qué quiere



...Pero en aquel momento Mary quitóse la gorra que recogía su pelo...

usted hacer conmigo?

—Creo que una joven como usted debería dedicarse a algo más digno que robar.

—Pues ya ve usted... nunca he hecho otra cosa en mi vida. Hay ocasiones en que me parece que he nacido ladrona.

—Probablemente no ha tenido usted ocasión de hacer otra cosa... ¡Pobrecilla! ¡Cuánta compasión me inspira su desgracia!

—Muchas gracias.

—Conozco la vida y sé que muchos de nosotros somos víctimas de las circunstancias.

—Usted comprende...

—Me parece usted una joven muy inteligente. Con un poco de suerte, hasta podría llegar a ocupar un sitio en la alta sociedad.

—La alta sociedad es mi campo de acción...

—¿Ha sido usted detenida alguna vez?

—Sí... y no es del todo desagradable.

—No encontrará usted tan agradable la cárcel...

—¿Cómo?

—...adonde voy a mandarla...

—Pero ¿de veras?...

—...si no me promete usted seguir el buen camino.

—¿Y usted sabe si puedo seguirlo?

—Todo es fácil si se pone en ello una firme voluntad. Además, puede usted contar con mi ayuda.

—Le prometo hacer todo lo que pueda para seguir su consejo.

—Así me gusta. La dejo en libertad y confío que buscará trabajo... Telefócheme mañana diciéndome algo sobre este particular.

—Lo haré.

—Aguarde un momento. Voy a hacerla llevar a su casa en mi coche.

—No, no...

Y, sin darle tiempo de detenerla, Mary huyó por la ventana, saliéndole al paso "El Aguila", y así le habló aquella:

—El golpe de hoy ha fracasado. Pero no hay que apurarse. Tengo combinado un plan magnífico. Si sale bien, todo será coser y cantar. El golpe habrá que dárselo mañana noche. Ya te avisaré.

* * *

El día siguiente era el día decisivo en el plan que Mary había ideado para rescatar el pagaré de su padre.

Telefonó a Ricardo como sigue:

—Anoche salí de su casa un poco incorrectamente... pero ya ve que cumplo mi palabra y le doy noticias de mi persona.

—Eso está muy bien, Y, ¿son buenas las noticias?

—Sí, muy buenas... Esta mañana he encontrado trabajo...

—¿Ahí ¿sí? ¿Dónde?

—En... en casa de madame Beaudettes, la modista de la Quinta Avenida... Un empleo de maniquí.

—Me interesa mucho conocer detalles. Voy en seguida...

—¡No! No nos es permitido recibir visitas. Espéreme fuera... cerramos a las cinco.

—Bueno. Entendido.

Y tiempo le faltó a Ricardo, que, dicho sea en honor de la verdad, estaba prendado de la belleza de Mary, para acudir a esperar a la "maniquí" de madame Beaudettes: que era su modista.

La impaciencia de Ricardo lo empujó a penetrar en el establecimiento, y Mary, sorprendiendo a todos, en particular a su modista, fingió ser un maniquí de la casa.

Maravillado de la elegancia y hermosura de Mary, Ricardo la invitó a cenar con él en cualquier *restaurant*, a lo cual ella se negó por temor a que encontrasen un policía que la reconociese, "*pues ella frecuentó siempre, cuando era ladrona, los lugares de animación y de pesetas*".

Ricardo se tragó el anzuelo y cayó en la trampa: la invitó a cenar en su casa.

—Acepto—dijo Mary—. Déjeme aquí, que es mi barrio. Si mi patrón me viese en "auto" con usted, me subiría el puplaje.

—Hasta la noche, pues.

—No faltaré.

Mary avisó, personalmente, al "Aguila", y a las nueve también se hallaba él en la casa,

detrás del cortinaje que ocultaba la gran caja de caudales.

Después de cenar, Ricardo, enamorado de Mary, que lucía adrede una lujosa *toilette*, platcó "con buena intención" con ella.

—¡Qué bella ha venido usted!...

—Este vestido es todo lo que queda de mi



...fingió ser un "maniquí" de la vida.

pasado.

—¿Y después se lo devolverá a su dueña?

—¿Por qué no? Pasada esta noche, ya no tengo interés en conservarlo.

—¿Va usted comprendiendo ahora lo agradable que es tener la conciencia tranquila, vivir rectamente?

—Es verdad.

—Es usted demasiado inteligente para depender de un pequeño sueldo. Si me lo permite, le pondré una tiendecita de su propiedad.

—¿Y si después de todo eso encuentra usted que no soy digna de su confianza?

—¿Qué quiere usted decir?... ¿que ama a otro hombre? ¿Quizás a aquel que le acompañaba anoche?

—Aquel era solamente mi compañero de "trabajo".

—Debe usted hacer todo lo posible por olvidar esa vida... Borrar todo lo pasado para pensar solamente en lo por venir.

—Pero ¿quién me va a mí a ayudar a realizar eso?

—¿Quiere usted decir que no se siente con fuerzas para emprender sola el camino de la regeneración?

—Eso temo.

—Entonces dejemos a un lado lo de la tienda.

—¿Y qué?

—Tengo aún otra cosa que proponerle...

—Díjala usted...

—¿Quiere usted ser mi esposa?

—¡Mi madre! ¡Ese tío está loco!—pensó "El Aguila".

Mary se emocionó de verdad, pero, a poco, aprovechando una corta ausencia de Ricardo,

"El Aguila" la hizo "trabajar" para la causa común.

—¡Ahora es el momento! ¡Echale en la copa aquel narcótico que te di antes!

Mary vaciló mucho, mas su deseo de recuperar el pagaré la hizo obedecer.

Pero, apenas Mary en posesión del codicia-



—*Si me lo permite, le pondré una siendecita de su propiedad.*

do documento, una vez abierta el arca de caudales. Ricardo, que fingía haber sido narcotizado cuando en realidad lo había visto todo y no bebió ni una gota del narcótico, los sorprendió *in fraganti*.

Y entonces fué cuando Mary sintió que debía

sincerarse con Ricardo, y a sus imprecaciones contra el amor que ella le había inspirado, correspondió refiriéndole su odisea.

Compadecióse Ricardo, sin comprender por qué Mary estaba dispuesta a sacrificarlo todo por apoderarse de ese pagaré, pero Moller, que apareció en aquel momento con Warren, después de celebrar juntos una entrevista para ver de llegar a una inteligencia mutua, se encargó de poner en claro los hechos:

—Este pagaré está falsificado! La firma de Stedman es apócrifa!

—¿Por ventura se ha negado este caballero a pagar el importe de su deuda?—preguntó Ricardo a Moller.—¿No contesta? Entonces, aunque su propia firma fuese falsificada, el señor Warren no dejaría de ser un hombre de honor. Así lo entiendo yo. Y considero que si figura el nombre de Stedman falsificado fué obligado por mí río y usted. Desde este momento queda usted despedido, Moller.

—¡Oh, gracias! exclamó Warren, estrechándole las manos a Ricardo—. Yo pagaré, sí, pero necesito un plazo.

—No hablemos más de eso... Yo también he de pedirle un favor.

—Pídame usted lo que quiera.

Después... si hay lugar... ¿Quiere usted ahora dejarme un momento a solas con su hija?

Y, dudando que Mary aceptase su amor, el amor de un Langdon, Ricardo le murmuró:

—Antes de saber quién era usted ya la amaba con toda mi alma. Ahora, por lo buena que es usted, la adoro... Si usted cree que soy digno de quererla... mi nombre, limpio y respetado, le ofrece un trono en mi vida.

Y Mary, embargada de dicha, no protestó al sentirse besada... y no pudo evitar que también Ricardo fuese besado...

¡Qué cosas tiene el demonio de Cupido!

FIN

Revisado por la censura militar

PRÓXIMO NÚMERO

LA INTRIGANTE NOVELA

EL ANILLO DE KÖNIGSMARK

PRODUCCIÓN ALEMANA

PROTAGONISTA:

Dagny SERVAES

40 Páginas 10 Fotografías

PRECIO 30 CTS.

POSTAL - REGALO

NORMA TALMADGE

LA NOVELA FILM
se pone a la venta
en toda España to-
dos los martes.

Colecciones completas y nú-
meros sueltos atrasados a
precios corrientes de venta,
en LA SOCIEDAD GENERAL
ESPAÑOLA DE LIBRERÍA, S. A.,
Barbarré, 16 - BARCELONA,
en sus Agencias de Provin-
cias y en todos los Kioscos
de España

NUMEROS PUBLICADOS

N.º	NOVELA	POSTAL-REGALO
1	Los Cuapros y Cacho bravo	El joven Madruga
2	Los dos reyes	El Portero de Inada
3	Yacaré	La Bala
4	Los cuatro jinetes del apogeo	Los amigos de la mujer
5	Las espadas de los hombres nobles	Victorias Imperiales
6	Berlog, O Negro	Mary Patchard
7	De padre del inmigrante	Thomas Melton
8	Helicóptero	Robt. Escudé
9	Corazón traidor	Boyle MacLean
10	Por la puerta de arriba	Edith Clayton
11	Marcos y sus	Charles Rex
12	El Indio	Victor Morla
13	Como eran las mujeres	Donna Archibald (Faint)
14	La Tapa de la novia	Carl Scahill
15	Por volver a su madre	Valerie Field
16	La guerra de los dioses	Lucienne Legrand
17	El niño pendiente	William S. Hart
18	Los Alarcóns (Especial)	Mary Miles Minter
19	De París a Mallorca	Frank Farman
20	El Crimen del Middlebury Field	Becky Lynn
21	La segunda traidora	Donald Newman
22	El secreto prometido	Robert Raymond
23	De casa a la escuela	Robert Hawthorne
24	El fuerte Juan de más	Luc Wilson
25	El niño del amor traidor	Antonia Maura
26	El Corinto	Paul Vidor (Pera Maura)
27	El mundo del vino	William Farman
28	Marta (Especial)	Dorothy Phillips
29	Al borde del abismo	George Allen
30	El mundo de la guerra	John Allen
31	El niño de la guerra	George Faint
32	De Seder y dante	Constantine Touloupis
33	La Madona	André Robert
34	La Plancha de Cuarta	Christie Macra
35	Guerra de niños	J. Morris Hartman
36	La historia de una estrella de cine	Pauline Frederick
37	La historia de la guerra (Especial)	Norman
38	El mundo del vino	Paula Hager
39	La historia del niño	Jackie Cooper
40	La guerra de la guerra	Mary Carr
41	El mundo de la guerra	Robert Norman
42	La guerra de la guerra	William Allen
43	La guerra de la guerra	Robert Cooper
44	El niño de la guerra	Lucy Allen
45	La guerra de la guerra	Paul Allen
46	La guerra de la guerra	Robert Cooper
47	La guerra de la guerra	Robert Cooper
48	La guerra de la guerra	Robert Cooper
49	La guerra de la guerra	Robert Cooper
50	La guerra de la guerra	Robert Cooper
51	La guerra de la guerra	Robert Cooper
52	La guerra de la guerra	Robert Cooper
53	La guerra de la guerra	Robert Cooper
54	La guerra de la guerra	Robert Cooper
55	La guerra de la guerra	Robert Cooper

¿Ha comprado usted ya el séptimo volumen de la

BIBLIOTECA FEMENINA

LA NOVELA FILM

LA CANCIÓN DE LA HUÉRFANA?

Último libro de nuestra popular
BIBLIOTECA FEMENINA

Portada a tricromía 112 páginas
Profusión de fotografías Precio 1 pta.

Lea V. esta novela y la releerá

¡ÉXITO! ¡ÉXITO! ¡ÉXITO!
Recuerde los números anteriormente
publicados:

La Mendiga de San Sulpicio
La Madona de las Rosas
Los Diez Mandamientos
Honrarás a tu madre
La Novela de una Obrera
El hijo del mercado

En interés de usted,
lector, le recomen-
damos de nuevo la
adquisición de

LA CANCION
— DE LA —
HUERFANA



